

Selva adentro

Una novela de aventura y supervivencia

NIVEL B1

**Novela graduada en español
Español (Latinoamérica)**

Sobre este libro

Esta es una novela para estudiantes de español de nivel B1.

La doctora Valentina Ospina Reyes es bióloga. Estudia anfibios, especialmente ranas, en los bosques de Colombia. Durante años, buscó una rana muy especial: la rana dorada de cristal, una especie que nadie había visto en veinte años. Muchos creían que ya no existía.

Cuando por fin recibe la oportunidad de buscarla en una zona remota de la Amazonía colombiana, Valentina no imagina que ese viaje va a cambiar su vida para siempre. Un accidente la deja sola, perdida, en uno de los lugares más salvajes del planeta.

Esta es la historia de lo que pasa cuando una científica tiene que sobrevivir con sus propias manos, con su propia mente, y con la ayuda de personas que nunca esperó conocer.

El libro tiene veinte capítulos. Cada capítulo termina con un breve glosario en inglés y unas preguntas. Las respuestas están al final. Bienvenido a la selva.

Índice

1. Rumbo a lo desconocido	4
2. La tormenta	11
3. Después del impacto	17
4. La decisión	24
5. El primer día sola	31
6. El río	37
7. Perdida	43
8. La rana dorada	49
9. El límite	55
10. Nayeli	61
11. El pueblo junto al río	68
12. Noticias	75
13. El camino peligroso	82
14. El campamento	88
15. La huida	95
16. El reencuentro	102
17. Juntos, contra el tiempo	109
18. Rescate	116
19. Lo que queda por hacer	123
20. La selva que queda	130
Respuestas	137

Capítulo 1

Rumbo a lo desconocido

Un vuelo hacia el bosque

La avioneta se movió un poco cuando despegó de la pista de tierra en San José del Guaviare. Valentina Ospina Reyes miró por la ventana pequeña y vio cómo el pueblo se hacía más chico, más lejano, hasta que solo quedaba una alfombra verde que se extendía en todas direcciones.

Así era como más le gustaba ver el mundo: desde arriba, con el bosque completo ante sus ojos, como un libro enorme esperando ser leído.

Habían salido temprano, cuando el aire todavía era fresco y el sol apenas empezaba a calentar la tierra. Valentina llevaba semanas preparando este viaje: revisando mapas antiguos, leyendo estudios de la zona, empacando y volviendo a empacar el equipo hasta estar segura de no olvidar nada esencial. Y ahora, por fin, después de tanta espera, estaba en camino.

"¿Nerviosa?", preguntó Mateo desde el asiento de al lado.

Mateo Suárez tenía veintidós años y era su asistente en esta expedición. Era su primer viaje de campo de verdad, y se le notaba en la forma en que apretaba las manos sobre las rodillas.

"No", dijo Valentina. "Emocionada. Es diferente."

Y era verdad. Después de tantos años, después de tantas expediciones que no habían dado resultado, por fin tenía una pista real. Un guardaparques le había mandado fotos, tomadas con una cámara de trampa, de algo pequeño y dorado entre las hojas de un árbol junto al río Yarumo. La calidad de las fotos no era buena. Pero Valentina había pasado su vida estudiando ranas, y sabía reconocer una forma cuando la veía.

Podía ser ella. La rana dorada de cristal.

"Cuéntame otra vez sobre la rana", dijo Mateo. "Quiero entenderla bien antes de llegar."

Valentina sonrió. Le gustaba que Mateo hiciera esa pregunta, aunque ya se la había respondido dos veces esa semana. Le recordaba a ella misma, muchos años atrás, cuando todavía era estudiante y quería aprender todo sobre todas las especies al mismo tiempo.

"Es una rana pequeña", dijo Valentina. "Del tamaño de tu pulgar. Su piel es casi transparente, se le puede ver el corazón latiendo si la miras contra la luz. Pero tiene algo único: un color dorado en la espalda que ninguna otra especie de su familia tiene. La descubrieron hace cuarenta años. Y desde hace veinte, nadie la ha vuelto a ver."

"¿Por qué desapareció?", preguntó Mateo.

"Esa es la pregunta que quiero responder", dijo Valentina, mirando otra vez el bosque bajo ellos. "Puede ser un hongo que está matando a muchas especies de ranas en el mundo. Puede ser el cambio en el clima. Puede ser la destrucción de su hábitat. O puede ser que simplemente sea muy buena para esconderse, y estemos buscando en los lugares equivocados."

"¿Y si ya no existe?", dijo Mateo, con cuidado, como si la pregunta pudiera doler.

Valentina se quedó en silencio un momento.

"Entonces al menos vamos a saberlo con certeza", dijo. "Y eso también importa. Saber lo que perdimos nos ayuda a proteger lo que todavía tenemos."

Miró sus propias manos, apoyadas sobre las rodillas, y pensó en cómo había llegado hasta este momento. Había estudiado biología en la universidad de Bogotá, pero fue durante su primera expedición a la Amazonía, cuando todavía era estudiante, que encontró su verdadera

pasión. Recordaba con claridad el momento exacto: estaba agachada junto a un pequeño arroyo, con el agua hasta las rodillas, cuando vio su primera rana de cristal. La luz del sol atravesaba su piel transparente, y por un instante, Valentina pudo ver el corazón diminuto latiendo dentro de ese cuerpo casi invisible. Fue como mirar un secreto que la naturaleza rara vez mostraba a los humanos.

Desde ese día, supo que quería dedicar su vida a estudiar estas criaturas frágiles y hermosas, a entenderlas, a protegerlas. Su tesis doctoral había sido sobre las ranas de cristal de Colombia, y desde entonces, había pasado más tiempo en la selva que en cualquier oficina.

Camilo Rentería, el piloto, se rió desde adelante.

"Ustedes los científicos", dijo, sin apartar la vista del cielo. "Siempre buscando algo que nadie más puede ver."

Camilo tenía cuarenta y cinco años y llevaba veinte volando avionetas pequeñas sobre la selva amazónica. Era un hombre de pocas palabras, pero cuando hablaba, siempre tenía algo interesante que decir. Su piel, curtida por años de sol y viento, y sus manos firmes sobre los controles, transmitían una confianza que Valentina agradecía en un momento como este.

"¿Y tú qué buscas, Camilo?", preguntó Valentina.

"Yo ya encontré lo que buscaba", dijo el piloto. "El cielo. No necesito nada más."

Volaron durante horas sobre un paisaje que cambiaba lentamente. Al principio había pequeñas fincas y caminos de tierra. Después, poco a poco, la mano del hombre desaparecía, y solo quedaba el bosque: verde interminable, cortado únicamente por el brillo plateado de los ríos que serpenteaban como si tuvieran vida propia.

Valentina nunca se cansaba de esta vista. Cada vez que volaba sobre la Amazonía, sentía la misma mezcla de asombro y humildad. Era un

lugar tan grande, tan antiguo, tan lleno de vida que la ciencia apenas había empezado a entenderlo. Se calculaba que existían miles de especies todavía sin descubrir, escondidas bajo ese techo verde. Ranas, insectos, plantas, hongos. Un mundo entero esperando ser conocido.

A veces, cuando miraba el bosque desde arriba, Valentina pensaba en todas las historias que contenía. Cada árbol tenía cientos de años. Cada río había cambiado de curso incontables veces a lo largo de los siglos. Y en algún lugar, entre esas hojas y esas raíces, había una rana pequeña y dorada que llevaba veinte años escondiéndose del mundo entero, esperando, quizás, a que alguien la encontrara.

"Mira eso", dijo Mateo, señalando hacia abajo.

Un río ancho y marrón cortaba el bosque como una serpiente dorada bajo el sol de la tarde.

"Ese es el río Yarumo", dijo Camilo. "Ya estamos cerca. La estación Kapok está a unos cuarenta minutos más."

La estación Kapok era una pequeña base de investigación construida por el gobierno colombiano cerca del río, usada por científicos que estudiaban la zona. No había carreteras que llegaran hasta allí. La única forma de acceso era por avioneta, o por varios días en canoa remontando el río. Era, en muchos sentidos, uno de los lugares más aislados del país.

Y precisamente por eso era perfecto para buscar una rana que llevaba veinte años escondida.

"¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos?", preguntó Mateo.

"Diez días", dijo Valentina. "Si encontramos algo antes, mejor. Si no encontramos nada, al menos vamos a tener buenos datos sobre la zona."

Mateo asintió, mirando el bosque con una mezcla de emoción y algo de miedo. Valentina lo entendía. Ella también había sentido eso en su primera expedición, hacía más de diez años. La selva podía ser hermosa y aterradora al mismo tiempo. Eso era parte de lo que la hacía tan fascinante.

"¿Sabes qué es lo primero que aprendí sobre la selva?", dijo Valentina.

"¿Qué?", preguntó Mateo.

"Que nunca la conoces del todo", dijo Valentina. "Puedes pasar toda una vida estudiándola, y siempre hay algo nuevo. Un sonido que no reconoces. Una planta que nunca viste. Eso es lo que me encanta de este trabajo. Nunca deja de sorprenderme."

Mateo sonrió, un poco más relajado.

"Espero encontrar mi propia rana algún día", dijo. "Algo que nadie más haya visto."

"Lo vas a hacer", dijo Valentina. "Si sigues teniendo esa curiosidad, lo vas a hacer."

Se quedaron en silencio un momento, escuchando el zumbido constante del motor. Abajo, el bosque seguía extendiéndose sin fin, un mar verde interrumpido solo por el brillo ocasional del agua. Valentina pensó en todas las expediciones anteriores que la habían traído a lugares como este: los meses en Chocó estudiando ranas venenosas, las semanas en el Putumayo documentando una nueva especie de salamandra, los años enteros de su carrera dedicados a entender criaturas que la mayoría de la gente nunca notaría, escondidas entre las hojas y el barro.

Cada expedición le había enseñado algo nuevo sobre paciencia, sobre observación, sobre la humildad necesaria para estudiar un mundo que existía perfectamente bien sin la intervención humana. Y aunque nunca lo admitía en voz alta, cada viaje también le recordaba lo pequeña que era ella comparada con la inmensidad de lo que estudiaba.

Camilo, desde adelante, miró hacia el horizonte con los ojos entrecerrados.

"Hay algo que no me gusta", dijo.

Valentina se inclinó hacia adelante. "¿Qué pasa?"

"Nubes", dijo Camilo. "Al oeste. Se están formando rápido."

Valentina miró en la dirección que señalaba Camilo. En el horizonte, un muro de nubes oscuras crecía, mucho más rápido de lo que parecía natural.

"¿Es peligroso?", preguntó Mateo, con la voz un poco tensa.

"Todavía no", dijo Camilo. "Pero vamos a acelerar. Prefiero llegar a la estación antes de que esa tormenta decida alcanzarnos."

El avión aumentó un poco de velocidad. Valentina volvió a mirar por la ventana, hacia el muro de nubes que crecía en el oeste, cada vez más oscuro, cada vez más cerca.

Algo en su interior, una sensación que no podía explicar del todo, le dijo que ese viaje no iba a ser tan simple como había planeado. Trató de convencerse de que era solo su imaginación, el cansancio de tantas horas de vuelo, los nervios normales antes de una expedición importante. Pero la sensación se quedó ahí, como una piedra pequeña en el fondo de su estómago, negándose a desaparecer.

Glosario

despegar – to take off (*La avioneta despegó de la pista.*)

la pista – the runway (*La pista de tierra.*)

el guardaparques – the park ranger (*Un guardaparques le mandó fotos.*)

latir – to beat (heart) (*Se le puede ver el corazón latiendo.*)

el hongo – the fungus (*Un hongo que está matando a las ranas.*)

serpenteear – to wind, snake (*Ríos que serpenteaban.*)

aislado/a – isolated (*Uno de los lugares más aislados.*)

aterrador/a – terrifying (*Hermosa y aterradora al mismo tiempo.*)

entrecerrado/a – half-closed (*Con los ojos entrecerrados.*)

alcanzar – to catch up to, reach (*Antes de que la tormenta nos alcance.*)

Preguntas

1. ¿Qué busca Valentina en la Amazonía?
2. ¿Por qué es especial la rana dorada de cristal?
3. ¿Quién es Mateo y cómo se siente en el viaje?
4. ¿Adónde se dirige la avioneta?
5. ¿Qué nota Camilo al final del capítulo?

Capítulo de introducción: personajes, misión y escenario. Practica el vocabulario de la naturaleza y el vuelo, y el presente/pasado en la narración.